
REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de octubre de 1913

SERMON

PREDICADO EN LA CATEDRAL DE BOGOTÁ, CON OCASIÓN
DEL XVI ANIVERSARIO DE LA PAZ DADA A LA
IGLESIA POR CONSTANTINO

In nomine Jesu omnie genu flectatur caelestium, terrestrium et infernorum.

(PHIL. II. 10)

Al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, la tierra y los infiernos.

Excelentísimos e Ilustrísimos señores :

“Cuando el viajero atraviesa la columnata gigantesca que sirve de avenida a la basílica de San Pedro, el mayor monumento levantado en la tierra a la gloria del Dios que nació en un pesebre, llega por fin a un inmenso pórtico guardado a derecha e izquierda por las estatuas ecuestres de Constantino y Carlomagno, personificación del poder universal asociado a la rendición del mundo. Tal grandeza no se ha visto sino dos veces en la historia: en la tumba del imperio romano y en la cuna de las nacionalidades modernas. Y, sin embargo, ¡qué em-

presa más tentadora para un hombre de genio que la de poseer el universo y rendírselo a Dios en vasallaje!" (1)

Francia, España, Inglaterra tuvieron reyes que supieron ser humildes servidores de Cristo, mas los términos de sus dominios no eran los límites del orbe. Sólo dos soberanos han regido después vastos imperios: Carlos V y Napoleón I; ambos doblaron la frente ante la Iglesia, pero injustos procederes contra los pontífices de Roma no consienten poner a los dos emperadores modernos en parangón con los dos césares antiguos.

Dieciséis siglos se han cumplido de la conversión de Constantino el Grande y del Edicto de Milán que le reconoció al cristianismo sus derechos. La Iglesia entera, de uno al otro polo y del nacer del sol hasta los confines de occidente, está festejando el centenario gloriosísimo. El Vicario de Dios ve desfilar ante sí las piadosas multitudes, y ha premiado aquellos actos de justicia, abriendo de par en par las puertas de la misericordia.

Mi patria ha celebrado las fiestas constantinianas con este Congreso Eucarístico, la manifestación más espléndida de fe y amor que ha recibido Jesucristo en la América latina; y se ha dispuesto que yo pregone las glorias de mi

(1) DARRAS. *Hist. de l'Eglise*, época 2, cap. 1.

augusta reina, maestra infalible, dulce madre, la santa Iglesia católica romana. Magno es el asunto, breve el tiempo de que dispongo, nulas mis fuerzas; pero suplirá la insuficiencia del predicador la gracia de lo alto, si la imploramos por mediación de la Virgen Inmaculada.
Ave María.

I

La batalla fue ruda y sangrienta. Dos césares se estaban disputando el dominio del mundo; uno, hijo de un perseguidor, había sumido a Roma en piélagos de fango y de lágrimas; hijo el otro de un héroe, ya se había coronado de laureles en las guerras contra los bárbaros del Norte. Llevaban las legiones de Majencio un signo glorioso: las águilas romanas, mensajeras y emblema de la victoria; las tropas de Constantino una cruz, señal de ignominia, patíbulo de esclavos homicidas.

Dividía las huestes enemigas el rojo Tíber, testigo diez veces secular de los triunfos de Escipiones y Césares, que entraban a Roma cargados de glorias, esclavos y despojos; acostumbrado a llevar en sus ondas cadáveres de mártires. El ejército de Majencio tenía la superioridad del número; las tropas de Constantino, la superioridad del jefe y la ciega confianza de los soldados. Y llevaba la cruz por estandarte.

Tres siglos había empleado la Providencia en llenar el empíreo, vacío antes de la redención, con diez millones de mártires; la Iglesia, si no hubiera sido divina, se habría ahogado al peso de los empurpurados laureles. Al nombre de Jesús se había doblado toda rodilla en el cielo, la tierra y el infierno, y sólo quedaban de pie los césares romanos. Y los doblegó Cristo, a cuyo imperio irresistible la cruz reemplazó los símbolos gentiles; la cátedra de Pedro se sustituyó al solio de Augusto y de Trajano.

Majencio pasó el puente Milvio, y acometió con romana pujanza, pero no pudo resistir al brío del adversario, y emprendió la retirada a la ciudad. Mientras tanto el puente estaba cortado. Arrollado por sus tropas que iban huyendo, dominadas por el terror, cayó al río, que arrastró el cadáver del perseguidor, como antes los cuerpos de los mártires. Estaba cumplido el vaticinio: *IN HOC VINCES*.

Lo que pasó entonces; cómo un César gentil adoptó la cruz como enseña de sus legiones, lo explican los historiadores cristianos contemporáneos a los hechos, y con ellos los autores paganos, y la leyenda al pie de la estatua de Constantino, y la inscripción en el arco triunfal que aún subsiste, por una visión sobrenatural del hijo de Santa Helena. Ya sé que los críticos racionalistas niegan este hecho portentoso,

porque en su infalibilidad han decretado que Dios no intervenga en la marcha de las naciones y en el desenvolverse de la historia. Pero Dios no obedece los mandatos de los críticos racionalistas, y gobierna como le place el mundo que sacó de la nada.

Meses después, Constantino dictó el Edicto de Milán, cuyo décimosexto centenario festeja la Iglesia de un polo a otro polo, de la salida del sol hasta el ocaso. Es un documento breve, como las obras del genio; sereno, como todo lo que es justo. No se trata allí de reemplazar el paganismo por la religión de Cristo; ni de persecución a los gentiles, ni siquiera de reconocer la verdad del Evangelio; sólo se garantiza a los cristianos la plena libertad de ejercer públicamente su culto y propagar sus enseñanzas.

Mil veces, después, se han dictado leyes favorables a la Iglesia, se la ha reconocido como única verdadera, se han prohibido las doctrinas contrarias; y la cristiandad no celebra el centenario de tales edictos, ni pone la estatua ecuestre de esos benefactores en el pórtico de San Pedro. Veamos lo que el edicto de Constantino significa.

II

El pecado original consistió, en último análisis, en substituir a la adoración de Dios la

adoración del hombre. *Seréis como dioses*, dijo la serpiente a la mujer. Después del diluvio, los hijos de Adán olvidaron al Creador y se adoraron a sí mismos. Los dioses de la gentilidad eran personificaciones de los pueblos; y Roma compendió en Júpiter su poder; en Minerva, su sabiduría; en Mercurio, sus riquezas; en Marte, sus guerras incesantes. Los padres de las naciones eran hijos de los dioses; y mi dulce Virgilio consagró la superstición popular haciendo venir al pueblo rey de Anquises y de Venus: de la fuerza y la disolución, que son el compendio de los dos amos que rigieron a Roma en su decadencia: los pretorianos y las meretrices. Los dioses eran dioses del imperio, eran el imperio mismo.

Cuando la Ciudad iba triunfando sobre los pueblos que ella apellidaba bárbaros, en Europa, Asia y Africa, quedaban vencidos, junto con los hombres, los dioses de las naciones sojuzgadas; y, cuando, más tarde, concedía a las colonias ya romanizadas, puesto de ciudadanía en las tablas del Capitolio, otorgaba a los dioses sitio y aras en el Panteón. Isis y Osoris, Ormuz y Arimán, Mitra y Beizebub, eran vasallos de Júpiter Capitolino, como lo eran de Roma el Egipto, la Persia y Siria.

La nacionalidad tenía la religión por fundamento, y la idea del culto y la de patria se consideraban inseparables. El sacerdote era sa-

crificador y maestro, pero sin jurisdicción alguna; y de Augusto en adelante, los emperadores asumieron el título y oficio de pontífices máximos.

Apareció de repente el cristianismo, no en una nación especial sino en todas las comarcas del globo; predicando, no un dios, sino a Dios, creador de cuanto existe, dueño de la tierra y sus habitantes, para quien no hay griego ni bárbaro, romano ni escita; y formando una sociedad universal, perfecta, independiente de las potestades civiles. Para Cristo no había lugar en el Panteón; su doctrina era la negación del derecho de conquista, su Iglesia una usurpación de la soberanía espiritual del Estado.

Sobrevino la lucha. Los césares prohibieron adorar a Cristo, y los cristianos resistieron pasivamente los imperiales decretos. Sumisos a la autoridad civil en lo terrestre, sin oponer la mínima resistencia a la persecución, iban por miles, por millones a la muerte, humildes y gozosos. Daban a César lo de César, y morían en los tormentos por no dar a César lo de Dios.

El Edicto de Milán, al conceder libertad al cristianismo, suprimió los dioses del imperio. Júpiter siguió siendo la divinidad de los paganos, pero no la de Roma; y ante la autoridad terrena de Constantino, la más vasta y absoluta que han visto los siglos, surgió otra en el

orden espiritual, mayor que la del César: la del Pescador galileo crucificado cabeza abajo por Nerón.

El Senado y el pueblo romano erigieron estatua a Constantino, con vestiduras imperiales y la cruz a guisa de cetro en la mano; y él mismo hizo grabar en su arco de triunfo la frase *INSTINCTU DIVINITATIS*, que justifica la historia de su conversión y explica su edicto famoso.

Constantino no consintió en imperar desde la ciudad de los mártires, y prefirió otras de las ciudades italianas, hasta que, con la intuición del genio, puso la mirada en las riberas del Bósforo, lazo de los hemisferios, puerta de comunicación del occidente con el oriente, y fundó allí la capital que lleva su nombre, y cuya importancia se revela en haber sido y ser en este instante manzana de discordia entre las naciones, factor y clave de la mitad de la historia universal. Rehusó Constantino morar en la residencia del sucesor de Pedro. ¿Fue la soberbia de quien no sufre otra autoridad que la suya en la capital de su imperio? ¿O la humildad del cristiano que se reputa indigno de mandar donde Dios manda? En todo caso, fue reconocer el hecho de que están de sobra los reyes en la sede del Vicario de Cristo.

La importancia del Edicto de Milán consiste en que es irrevocable. Reyes y pueblos

aman u odian a la Iglesia, la protegen o persiguen, le reconocen o le niegan derechos; pero es un poder real, formidable, y las relaciones con ella son problema que se suscita ante todos los gobiernos de la tierra. Rusia, Inglaterra creyeron eliminar el enigma separándose de Roma y convirtiendo en papas a sus soberanos temporales. Mas la antigua Iglesia, la de San Pedro, la de Constantino, renace y se multiplica a orillas del Támesis y el Neva, y los emperadores pontífices tienen doble faena: la de sostener sus iglesias que se desmoronan y la de entenderse o luchar con la eterna Roma pontificia.

III

De Constantino hasta la época presente, la Iglesia ha continuado su marcha triunfadora a través de las edades, siempre perseguida, en pugna siempre, jamás humillada ni vencida. Ha luchado contra la barbarie y contra la cultura contrahecha, con la ignorancia desnuda y con la ignorancia disfrazada de ciencia, con la cuchilla del verdugo y la flecha enherbolada del literato, la audaz negación de los incrédulos y la piedad hipócrita jansenista. Han ensayado mancharla la corrupción mundana y la perversión de sus propios hijos. Y ella se yergue, sacude el polvo de su manto, enjuga una lágrima caí-

da de sus ojos, y, como dice el salmista, pónese en camino, se adelanta prósperamente y reina.

Es deudora de sus victorias a la saña de sus propios enemigos; y los instrumentos de suplicio, desde las cruces de Nerón y la espada de Diocleciano, hasta el hacha de Enrique VIII, la guillotina de la Revolución y las balas de la Comuna, han colmado el cielo de mártires y la tierra de intercesores y modelos; las herejías produjeron los escritos inmortales de Atanasio, Agustín y Crisóstomo; el lodo de las cortes pobló los desiertos y los claustros de cenobitas y monjes; Lutero hizo reunir el sínodo de Trento y encendió el ánimo del capitán Ignacio de Loyola. Todo hombre, de grado o por fuerza, está laborando en pro de la Iglesia de Cristo: sabiéndolo y queriéndolo los unos, ignorándolo o repugnándolo los otros; aquéllos con mérito, con demérito éstos; porque ante la esposa de Cristo se dobla toda rodilla, en el cielo, la tierra y el infierno.

En el amanecer del siglo xx, se encuentra ella grande, inmaculada, irresistible, como en ninguna de las pretéritas edades. El número de sus fieles supera al de todos los anteriores siglos, y está tomando rápida posesión definitiva de Alemania, Holanda, Inglaterra. Es la Iglesia que cuenta mayor número de creyentes en la poderosa república del Norte; ha empe-

zado a despertar las petrificadas naciones orientales, y posee cincuenta millones de hijos en las libres repúblicas de América latina. La unidad de creencias, de prácticas, de aspiraciones al rededor de la cátedra apostólica ha llegado al ápice deseable; una serie de pontífices santos se vienen sucediendo en la Sede suprema; y obispos y sacerdotes, purificados por la persecución y el combate, se muestran, por su conducta y su celo, dignos del Verbo de Dios, cuyas veces cumplen en la tierra. Pocas naciones, Colombia entre ellas, tributan a la Iglesia respetuosa y discreta protección; algunas la persiguen; mas, en cambio, ninguna pretende asfixiarla en el abrazo farisaico del apóstol traidor. En la colina del Vaticano, en el palacio decorado por Rafael y sombreado por la cúpula de Miguel Angel, reina el anciano sacerdote dueño de la plenitud de los poderes concedidos por el Eterno Padre a Jesucristo, en el cielo y en la tierra. A ÉL llegue el saludo reverente del más pequeño, pero el más amante de sus hijos.

Viniendo a mi amada patria colombiana, aquí también la Iglesia tiene anales de glorias y combates. El Congreso Eucarístico es fiesta de paz y de armonía, y no caben en él recuerdos dolorosos, pero sí la evocación de los vencedores en la lucha; y ante mi mente atónita

desfilan Fray Domingo de las Casas y la fundación de Santafé, Lobo Guerrero y Cristóbal de Torres y sus claustros gloriosos, Arias de Ugarte y sus apostólicas fatigas, Almansa y su heroica resistencia a presidentes y garnachas, Caycedo y el presidio por defender la patria, Mosquera y la ciudad de Marsella, Herrán y los ardores de Mompós, Arbeláez y la isla de San Andrés. El racionalismo ha trabajado cien años con inteligencia y brío, y estáis viendo en estas festividades eucarísticas, el éxito de sus labores. Araron en el mar, edificaron en el viento. *Dominus irridebit eos.*

Tornando al asunto principal de este discurso, salvemos con la mente los mares y los siglos, y ante el héroe de la cruz, el libertador de la Iglesia, clamemos reverentes: ¡Ave, César! Tu sangre latina es nuestra sangre; llevamos en el pecho, como símbolo de libertad, la misma cruz que tú empuñaste como emblema de poder.

¡Salve a los héroes que en los siglos cristianos siguieron las huellas del gran Constantino y merecieron bien de la Iglesia y de la gloria: Teodosio, Carlomagno, Godofredo, San Luis, don Juan de Austria, más glorioso que su padre, el César, mayor que su hermano el Rey prudente!

¡Salve a los fundadores de la República, que pusieron su empresa libertadora a los pies

de Jesús, nuestro único Amo; desde Nariño, que sancionó la independencia absoluta de España, “bajo los auspicios de la Inmaculada Concepción de María Santísima, Patrona nuestra,” hasta Bolívar, que aclamó en el Congreso de Angostura a Cristo como “Dios de Colombia!”

Y, con motivo del Congreso Eucarístico, y con ocasión del aniversario constantiniano y del jubileo universal, óigase en nuestras plazas y calles este grito de amor y de entusiasmo:

¡ Viva Jesús Sacramentado !

¡ Viva el Dios de Colombia !

14 de septiembre de 1913 (Fiesta de la exaltación de la Santa Cruz).

R. M. CARRASQUILLA

La Expedición Botánica

CAPÍTULO II DE LA BIOGRAFÍA DE DON JORGE TADEO LOZANO, LAUREADA CON EL PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO DEL CENTENARIO DE CUNDINAMARCA)

El 24 de febrero de 1761 llegó a Santafé don José Celestino Mutis, *nomen immortale quo l nulla actas unquam delebit* (1). Venía como médico del Excelentísimo señor don Pedro Messía de la Zerda, marqués de la Vega de Armijo, nombrado virrey del Nuevo Reino de Granada. (No como médico y capellán — que dice don José Manuel Groot (2), — pues Mutis sólo recibió la or-

(1) Palabras de Lineo sobre Mutis.

(2) *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo II, página 39 (Bogotá, 1869).